

sase á su lado de sus largos y costosos servicios.

—Me es triste y fatigosa esta vida—decía Hortensia á su marido,—y aún más por nuestro hijo que por mí. La pobre criatura lleva una existencia errante que á veces altera su salud.

—Ya lo sé, querida mía—repuso Miguel con sentimiento;—pero, ¿cómo dejaros, cuando á ti y á mí nos asaltan continuos temores aun viviendo reunidos? ¡Jamás me consolaría de haberos separado de mi lado si la desgracia volviese!...

—¡Oh, calla, calla!—exclamó Hortensia con terror;—¡sólo de pensarlo me estremezco!

—Y yo también; pero, por otra parte, veo cuánto sufres tú, cuánto sufre nuestro pobre hijo, y debemos discurrir para ver si hallamos un medio que reuna, á vuestra seguridad, un bienestar cómodo y decente.

Hortensia sacudió tristemente la cabeza, y guardó silencio.

Su esposo continuó:

—Hay aquí cerca, en la sierra, algunos pueblecillos de una encantadora posición: ¿no te irías contenta á alguno de ellos?

Pareció animarse con una expresión de júbilo el semblante de Hortensia; pero poco después el terror se pintó en sus bellas facciones.

—¡Sola allí!—murmuró.—¡Oh, tengo miedo!

—¿No va contigo la fiel Lucía? Además, te dejaré á Francisco y á Juan, y ya sabes que antes los matarán á ellos que te toquen á ti.

Hortensia no respondió nada, y su marido prosiguió:

—Ya sabes que yo no puedo, por ahora, estar á tu lado, pues tengo que ir á recorrer las gargantas de Sierra Nevada: si pudieras venir conmigo, este partido sería el preferido por mí; pero ya sabes que es imposible, por muchos motivos.

—En efecto—respondió tristemente la Condesa,—ya sé que esto no puede ser: la ordenanza lo prohíbe, y además lo prohíbe también la seguridad de nuestro hijo y mi propio estado. Pero, querido Miguel, yo no puedo expresarte el terror que se apodera de mí al pensar que voy á vivir lejos de tu amparo y protección. ¡Siempre tengo ante mis ojos la imagen de ese hombre feroz!

Callaron de nuevo los dos esposos, y una expresión de odio furioso se dibujó en las enérgicas facciones de Miguel.

—¡Ah!—exclamó;—¡la mitad de mi vida daría por encontrar y castigar á ese infame!

—Veo, sin embargo, que es preciso tomar un acuerdo—dijo Hortensia, deseando calmar el furor del Conde;—quizá mis temores son exagerados: tres años hace que nada sabemos de él, y quizá Dios ha purgado á la tierra de semejante monstruo; confiemos en su providencia divina, Miguel, y ella velará por nosotros y por nuestros hijos.

Estas dulces palabras calmaron la efervescencia de la ira que abrasaba el alma de Miguel; sus

facciones, marchitas por el dolor y por las fatigas de la guerra, se fueron serenando, y la luz de la ternura iluminó de nuevo sus grandes ojos negros, bien así como la plácida luz de la luna ilumina y calma la agitada superficie del mar.

—Me retiraré al pueblo que elijamos—continuó Hortensia, con aquella sonrisa angelical que tanto poder tenía en el corazón de su marido;—desde esta tarde iremos á recorrer todos los de las cercanías, y en el más retirado nos estableceremos nuestro Félix, yo, Lucía, Francisco y Juan.

—¿Y adoptas contenta ese partido?

—Mejor tomaría el de estar á tu lado; pero supuesto que esto no puede ser, quiero que lleves en tu expedición el consuelo de dejarnos en sitio seguro.

—¡Ah, gracias, querida mía! ¡Eres un ángel!—exclamó Miguel.—Esta misma tarde emprendemos nuestra excursión.

En efecto, los dos esposos recorrieron en carruaje todas las cercanías. Hay en la vega de Granada pueblecitos deliciosos, y todos fueron visitados con detenimiento y examinadas las seguridades que ofrecían.

Miguel eligió, por fin, una aldehuela preciosa, rodeada de bosques de laurel y de mirto, y desde la cual se descubría un delicioso punto de vista.

Llamábase *La Floresta*, sin duda á causa de su aspecto encantador, y algunas familias bien aco-

modadas podían ofrecer á Hortensia seguridad y compañía.

Para desorientar en lo posible al Marqués, se convino en que Hortensia marcharía sola, con sus criados y su hijo, á la casa que tenían alquilada; debía pasar por una joven viuda, cuyo esposo había sido víctima de los franceses, y darse á conocer con el nombre de *Paulina*.

Después de una tierna y dolorosa despedida, partió la Condesa para su retiro, acompañada de sus tres fieles servidores y de su niño, y encargando mucho á Miguel que la escribiese todos los días.

Tres veces se separó el Conde de ellos á las puertas de la ciudad, y tres veces puso su caballo á galope para volver á abrazarlos; el pequeño Félix echaba los brazos al cuello de su padre cada vez que le veía, y fué necesario valerse de un grande esfuerzo para separarle.

Juan guiaba el carruaje, porque Miguel no había creído prudente fiarse ni aun del cochero. Al anoecer de un hermoso día de Mayo, y al mismo tiempo que las campanas de la aldea tocaban al *Ángelus*, entraban en ella la Condesa de C... y su hijo.

El carruaje se detuvo al principio de la única calle que había en la aldea. Francisco sacó una llave de su bolsillo, abrió la puerta, y volvió á cerrar, quedándose todos dentro de la habitación.

Ya allí, la Condesa cayó de rodillas en el um-

bral, y rogó al Señor de cielo y tierra, que así á ella como á su hijo les librase de todo mal, para volver sanos y salvos á los brazos de Miguel.

Después se acostó tranquilamente con su hijo, pues sabía que sobre ella velaba el poder de Dios.

Sin embargo, durante la noche se despertó muchas veces; algunas de ellas creía oír pasos; pero pronto se convencía de que sólo eran temores de su acalorada fantasía.

El alba la encontró ya vestida, y dejando al niño, que aún dormía, encomendado á los cuidados de Lucía y de Juan, matrimonio honradísimo y que ya pasaba de cuarenta años, salió sola con Francisco á dar un paseo por la sierra.

La Condesa iba delante, extasiándose con la hermosura del paisaje que tenía ante los ojos: su vestido negro de hábito de los Dolores, que había llevado constantemente desde la muerte de su suegro y de su hijo, no encubría nada de la belleza de su figura delgada, esbelta y distinguida.

Á través del ligero velo de su sombrero brillaban sus ojos azules bajo una frente de marfil, y dos gruesas trenzas de cabellos negros y brillantes como azabache bruñido.

Una ancha manteleta dejaba adivinar los elegantes contornos de un talle al que lo adelantado de su embarazo no había podido quitar la suprema elegancia y distinción que siempre había tenido.

Los labradores miraban asombrados á aquella

joven tan maravillosamente bella y distinguida, y cada uno se preguntaba de dónde procedía mujer de tal calidad.

Algunos la saludaban con un *buenos días, señora*, al que ella contestaba con una inclinación de cabeza.

Paseando, y embebecida en la hermosura del magnífico panorama que se extendía ante sus ojos, se fué alejando y salió á la campiña, la cual pasaba por el pueblo.

Algunas dos ó tres rústicas casitas había diseminadas entre la verdura de un prado, al que regaban fuentes que murmuraban entre setos y ojaranzos.

Hortensia miraba á aquellos humildes albergues, y se decía que quizá en uno de ellos hubiera vivido más ignorada y tranquila que en el pueblo, en el cual había gentes de clase acomodada, las cuales serían más curiosas ó menos crédulas que los sencillos aldeanos.

Detúvose ante la más lejana, y se puso á contemplarla; pero Francisco, que adivinó su pensamiento, la dijo:

—Señora, ¿quiere usted entrar á ver esa casa por dentro?

—De buena gana la vería—respondió la Condesa,—pero no me atrevo á pedir permiso á los dueños.

—¿Por qué?

—Porque no los conozco.

—Pero, señora, si usted los conociera, no tenía que pedir permiso; si usted quiere, yo lo pediré, y nos lo darán.

Hortensia reflexionó que quizá podría trasladarse allí con su hijo y sus criados, y se avino á que Francisco pidiera licencia para ver aquella modesta y risueña vivienda.

El criado llamó, y vino á abrir al instante una mujer anciana y de honrado aspecto.

—¿Qué se ofrece á la señora?—preguntó con dulzura.

—Quisiera, buena mujer—respondió Hortensia, —que me permitiese usted ver esta casita, para formar juicio acerca de las demás de los alrededores, y ver después si me es posible alquilar una.

—¡Ah, señora!—respondió la anciana;—es tan pobre, que no es posible que después de haberla visto, piense lo mismo su merced. Pero entre, y la verá.

Hortensia entró, con efecto, y quedó desde luego asombrada ante el aspecto encantador de aquella casita, humilde á la verdad, pero tan limpia y primorosa como todas las del pueblo andaluz, el más poético de todos los pueblos de la tierra.

Un patio pequeño y enarenado llevaba por un lado á un lindo y extenso jardín, y por otro á la habitación situada casi al piso de la tierra, pues sólo estaba elevada por dos escalones.

Sentada en uno de aquéllos estaba una niña, que podría contar de cinco á seis años de edad, y

que daba la espalda á la Condesa y las personas que la acompañaban.

Hortensia, sin embargo, se quedó mirando con una especie de pasmo su espléndida cabellera negra, que bajaba en largos y ondulantes rizos sobre su espalda y hombros.

Un vestido de elegante hechura y rica tela de seda hacía resaltar los contornos perfectos y desarrollados de su cuerpo, y dejaba ver una espalda morena y redonda, y un brazo digno del cincel de Fidias.

Hortensia la contemplaba asombrada, en tanto que ella alineaba en los escalones una gran cantidad de juguetes de porcelana y plata, de gran trabajo y valor.

—Irene—dijo la anciana campesina,—ven á saludar á esta señora.

La niña encogió los hombros con un mohín desdenoso y sin volver su hermosa cabeza; pero repetida la orden, y con voz más severa, se levantó y fué hacia la forastera, mirándola atentamente.

También la Condesa fijó entonces su vista en el rostro de aquella criatura; pero bien pronto dejó escapar un grito de terror, y se cubrió el semblante con ambas manos, como si hubiera querido huir de alguna horrible visión.

Tenía delante, en miniatura, el semblante y las facciones del terrible Marqués de Río-Santo.

Pero ¡cuán embellecidas se presentaban á su vista! ¡Con qué expresión tan angelical estaban re-

vestidas! ¡Qué candor tenían! ¡Qué pureza! ¡Qué sensibilidad!

Cuando la Condesa pudo vencerse y volver á separar las manos de su rostro, temió que su imaginación la hubiera engañado, y que el terror de que se había dejado llevar no fuera otra cosa que una ilusión de su fantasía, acalorada por continuos terrores; había vuelto á mirar á Irene, y no le era posible separar los ojos de aquel risueño y encantador semblante.

Aquella admirable criatura tenía la tez muy morena y semejante en su color al ámbar; centelleaban y reían sus anchas pupilas verdes, bajo dos cejas finas y sedosas del negro más subido, y entre dobles franjas de aterciopelada seda que sombreaban sus redondas y robustas mejillas.

Su nariz, recta y pequeña, dejaba ver perfectamente su boquita encendida como un hermoso clavel, y que cuando se desplegaba con una sonrisa mostraba una dentadura semejante á un collar de perlas.

Su barba afinada, tenía bajo el labio inferior, algo grueso, un gracioso hoyuelo; brillaban en sus diminutas orejas ricos zarcillos de diamantes, y una cruz de diamantes y perlas, pendiente de una estrecha cinta de terciopelo, adornaba su pecho.

Acercóse modestamente á la Condesa, y la dijo tomándola la mano y mirándola atentamente á través de su velo de gasa:

—Buenos días, señora.

La Condesa no contestó nada, y siguió mirándola con ojos estupefactos.

Irene, al ver aquel silencio, se encogió de hombros y se volvió á sus juegos, sentándose de espaldas y sin ceremonia alguna.

—¿De quién es esta niña?—preguntó la Condesa á la anciana.

—En verdad, señora, que no lo sé—respondió la buena mujer;—yo la quiero, no como á mi hija, sino como á mi nieta, y esto lo digo porque á los nietos se les quiere dos veces; en cuanto á sus padres, repito que no sé quiénes son.

La Condesa creyó que la anciana quería recatar algún secreto bajo las apariencias de la ignorancia, ó que realmente nada sabía; pero ella continuó:

—Á fe de Catalina, que jamás he podido ver la cara del señor que me la trajo hará cuatro años, y cuando la pobrecilla apenas contaba uno, en una helada noche de invierno.

—Pues ¿cómo no ha podido verle nunca la cara?—preguntó la Condesa, de cuyo corazón habían vuelto á apoderarse los más terribles presentimientos.

—Por la razón, señora, de que la traía siempre tapada.

—Y ¿hace mucho que no ha estado aquí?

—Hará un año.

—¿Tiene que volver?

—Nada sabemos de eso, ni yo, ni ninguno del pueblo.

—¿Y usted vive sola?

—Sola, desde que perdí á mi pobre marido que en gloria esté; pocos días después de haber pasado él á mejor vida, volvía yo de rezar al anocheecer, y entré en mi cocina: apenas había encendido el candil de la chimenea, oigo ruido detrás de mí, y me vuelvo creyendo que era alguna vecina; pero nada de eso: me hallé delante de un hombre muy alto, envuelto en una capa negra, cubierta la cabeza con un ancho sombrero, y tapada la cara con una careta de terciopelo.

—Buena Catalina—me dijo,—esta niña acaba de perder á sus padres; su madre ha muerto, su padre puede morir de un momento á otro, y desde luego... tiene que huir muy lejos de aquí. ¿Quiere usted encargarse, y se la pagará bien, de esta criatura?

—Señor—respondí yo,—no hallo en ello inconveniente ninguno, pero quisiera saber de quién es.

—Eso es justamente lo que usted no sabrá jamás—me respondió:—es un secreto que ni ahora ni nunca podrá descubrir.

—Entonces—repuse yo,—no puedo tomar sobre mí ese cuidado.

El caballero iba á salir con la niña, pero ésta echó á llorar con tanta amargura, que yo me compadecí.

—Vamos—dije,—venga acá, que la pobre niña no tiene culpa ninguna de estos misterios, y quizá tenga hambre. Déjemela usted, caballero, y esté

seguro de que la cuidaré como lo haría su madre si viviera.

—Aquí está lo que puede gastar en un año—dijo el caballero dándome una pesada bolsa, y dejando escapar un suspiro de alivio y bienestar.—La niña se llama Irene. Cada año en este día recibirá usted una suma igual, y un cajón con ropa hecha ya y con todo lo que la niña necesite. No le encargo á usted que la cuide, buena mujer: sé que lo hará, porque es honrada y buena cristiana, y si no se hallara con fuerzas para cumplir lo que le encargo, no lo tomaría sobre sí. Ahora, adiós, y hasta que volvamos á vernos, que no sé si será en este mundo ó en el otro.

Después de decir estas palabras, abrazó á su hija con tanta fuerza que pensé que la estrujaba; en seguida la dejó en mis brazos, y salió.

Yo miré á la criatura, que era tan hermosa ya como ahora la ve usted; vestía ricas ropitas de batista, pero vi sobre su pecho una gran mancha de sangre que, sin duda, se había marcado allí al abrazarla su padre.

La Condesa dejó escapar un gemido.

No podía dudar de que el personaje misterioso era el Marqués de Río-Santo, y pensaba, temblando, en que aquella sangre de que estaba manchado, y cuya marca transmitió á su inocente hija, era la del noble anciano que había perecido bajo el puñal asesino del brasileño.

—¿Está enferma su merced?—preguntó la an-

ciana Catalina, que no podía adivinar lo que motivaba aquel triste gemido.

—Sí—respondió la Condesa,—estoy muy enferma, señora Catalina.

—Y, según veo—prosiguió la anciana,—además de enferma, próxima á hallarse más todavía. Ahora bien, hermosa señora, yo vivo sola aquí, y usted me parece extranjera en el país: ¿quiere su merced venirse á mi casa, y la cuidaré cuando llegue el caso del parto?

Estremecióse Hortensia, y no respondió durante algún tiempo; pero después de algunos instantes de reflexión, brilló en sus ojos una decisión súbita, y respondió á la anciana Catalina:

—¡Bien, buena mujer; viviré aquí con usted! Hasta dentro de cuatro horas, que volveré con mi hijo y mis criados para no salir.

Despidióse, dicho esto, y volvió á bajar por el valle hasta la aldea.

—¡Ah, señora!—exclamó el buen Francisco;—¿sabe usted que me temo que el tal encubierto sea...?

—Te comprendo, Francisco—repuso la Condesa:—yo tengo la certeza de que es él; pero ¿dónde estaré más segura de su furor que al lado de su hija? ¿Dónde conservaré mejor la vida de Félix que al lado de Irene? Velaremos día y noche, y la vida de esa niña nos responde de la vida de los míos.

Al hablar así la Condesa, brillaba en sus ojos

una resolución desesperada: parecía que el cielo la arrojaba siempre hacia su enemigo, como si fuera una víctima predestinada por la fatalidad, y ella, en medio de los delirios de su terror, quería combatir aquella fatalidad con el solo medio que á su parecer estaba á su alcance, por desesperado que éste fuese.

Aquella noche toda la familia durmió ya en casa de la anciana Catalina, y la Condesa escribió á su esposo una larga carta explicándole los motivos de su decisión.

VII

Algunos días después de aquella instalación, Hortensia dió al mundo con toda felicidad un hermoso niño, al que se le puso el nombre de Víctor.

La honrada Catalina le tuvo en la pila bautismal, y luego le devolvió á su madre, que durante el tiempo que pasó fuera de casa su recién nacido, sufrió lo que no es decible, á pesar de haber ido escoltándolo Francisco y Juan.

Cuando volvió á entrar, Irene y Félix jugaban en la mejor armonía al pie de su lecho.

Era Irene una criatura grave, hermosa, hechicera por su bondad y su gracia, dulce y mesurada á la vez. El alma de Hortensia, tan bella, tan sensible, no podía menos de interesarse por aquella niña extraordinaria, que parecía tener al mismo tiempo la conciencia de su valor y de su desdicha.

Siempre sujeta á los caprichos del pequeño Félix, oponía á ellos una paciencia, una sumisión, un cariño admirables; ella le mecía por las noches en su cuna, y por la mañana, cuando el niño despertaba, su primera palabra era el nombre de Irene.

En vano la Condesa trataba de moderar las

pruebas de afecto de la niña; cuando quería reemplazarla en el cuidado de mecer á Félix, Irene levantaba hacia ella sus grandes ojos y la preguntaba con su voz grave y dulce á un mismo tiempo:

—Qué, ¿no lo hago bien, señora?

—Sí, querida mía—le respondía la Condesa, abrazándola por un impulso irresistible;—pero yo no quiero que te molestes tanto.

—Yo soy así dichosa—respondía la niña volviendo á su tarea.—¡Si ahora soy muy feliz!

—¿No lo eras antes de venir nosotros?

—¡Oh, no señora!—respondía Irene con un gesto encantador de profunda convicción;—antes lo era mucho menos.

—¿Por qué razón?

—Por una, sobre todo.

—¿No me la quieres decir?

—¡Oh, sí! Yo se lo diré á usted siempre todo: la razón de no ser yo antes feliz, es la de que siempre estaba sola.

—¿Y te aburrías?

—Muchas veces; y otras me entristecía, y hubiera querido morir.

—¿Y ahora?

—¡Oh, ahora soy feliz!—repetía Irene con un suspiro de felicidad.—¡Tengo alguno á quien amar!

Hortensia no podía defenderse del encanto penetrante de estas conversaciones; cada día hallaba una gracia nueva en Irene.

Ésta se apasionó tanto del segundo hijo de Miguel como del primero; horas enteras pasaba sentada delante de su cuna, espiando sus sonrisas, y divirtiéndole con sus inocentes canciones.

La carta en que Hortensia había avisado á su marido su resolución de colocar á sus hijos en el mismo asilo donde se hallaba la hija de su enemigo, tardó algún tiempo en llegar á las manos de aquél: condenado á una vida errante y nómada, apenas se detenía en ninguna población, y recibió al mismo tiempo la que le noticiaba el refugio que había buscado y el nacimiento de Víctor.

Una noche en que la Condesa leía junto á las cunas de sus hijos, oyó llamar á la puerta de la casita.

Era invierno, y el agua caía á torrentes; el cierzo azotaba las maderas de las ventanas y gemía sordamente.

En derredor de Hortensia había tres lechos infantiles; en el suyo de plata maciza, cerrada con cortinas de gasa blanca, reposaba Irene.

Estaba hermosa como el ángel de los amores cristianos; entre tanta suntuosidad, su oriental belleza parecía mucho más deslumbradora; su tez, iluminada por la luz vacilante de la lámpara, y vista á través de aquel delicado cendal, tenía mucho de fantástico; cruzábase con negligencia sobre su pecho una rica camisa guarnecida de encajes, y las mangas cortas dejaban descubiertos

sus brazos morenos, redondos y llenos de ho-
yuelos.

Esparcíanse sobre las almohadas sus espléndi-
dos cabellos como una cascada de ébano, y una
parte de ellos servía como de cabezal á su seduc-
tora cabeza; uno de sus pies salía por debajo de
las ricas ropas, y contrastaba en su atezado color
con la blancura de la batista y sus encajes.

Á los dos lados de la de Irene estaban las cu-
nas de los dos niños: hubiérase dicho que ella era
el fiel guardián de los hijos de Hortensia, cuando,
¡ay!, en realidad sólo servía de rehenes á una ma-
dre desesperada por la amenaza vaga y silenciosa
de perder á sus hijos.

Las otras dos cunas eran mucho más pobres
que la que Irene ocupaba, y los dos niños que en
ellas dormían eran también de una belleza muy
inferior á la de la hija del brasileño.

Al golpe dado á la puerta, Félix y Víctor per-
manecieron dormidos; pero Irene, más sensible ó
más perceptible en su oído, despertó despavorida.

Incorporóse en la cuna y miró en su derredor.

En aquel instante se oyó el paso tardo de Ca-
talina que bajaba para abrir la puerta, y bien pron-
to resonó un grito de júbilo lanzado por la an-
ciana.

—¡Ah, señor!—exclamó.—¡Cuánto me alegro
de ver á usted! Irene está dormida, pero la des-
pertaremos.

Al oír á la anciana, un estremecimiento nervio-

so agitó el cuerpo de Hortensia; palideció como
una muerta y se puso de pie, apoyándose con una
mano en el velador que tenía á su lado.

¡Allí estaba su enemigo! ¡El enemigo de su hijo
y el de su padre! ¡Y allí dormían también otros
dos hijos suyos, y Miguel no estaba allí para de-
fenderlos!

—¡Pero no importa!—se dijo Hortensia domi-
nando con espantosa decisión todos sus temo-
res:—¡aquí está su hija que morirá á mis manos!

Y lanzándose hacia la mesa que había servido
para su cena, tomó un cuchillo de afilada punta,
y se colocó junto á la cuna de Irene.

Casi al instante entró un hombre embozado y
se detuvo á la puerta. En su alta estatura, en su
apostura fiera y en sus largos cabellos negros le
hubiera reconocido la Condesa, á no avisárselo
también el apresurado latir de su corazón.

Un antifaz de terciopelo cubría sus facciones,
dejando sólo ver la mitad de una ancha y cetrina
frente surcada de profundas y prematuras arrugas.

—¡Bárbaro! ¡Asesino! ¡No te acerques!—gritó
la Condesa, que sentía huir su razón, en tanto
que el incógnito permanecía inmóvil y como
asombrado, ya dirigiendo su luminosa mirada á
su hermosa hija, ya á Hortensia que blandía su
cuchillo y se asemejaba á una bella sacerdotisa
druidica, inspirada por el dios Heso de la antigua
Galia.

—No temas que te mate, Hortensia—repuso el

Marqués con voz sorda y oprimida y sin avanzar un solo paso:—la muerte no sería castigo alguno para los tormentos que me has causado, para el modo horrible con que has emponzoñado mi vida; ¡no! Tu muerte ni la de tu marido no pueden satisfacerme, y no tomaré vuestras vidas hasta después que haya tomado todo aquello que tengáis de más precioso y más estimable en este mundo, que tú has convertido en un horroroso desierto para mí.

Detúvose aquí el extranjero, como oprimido por el peso de sus recuerdos. Hortensia calló también, sobrecogida á pesar de toda la entereza que había demostrado.

No era extraño: sólo la desesperación del amor maternal podía inspirar á aquella dulce y tierna criatura el feroz valor de que la hemos visto revestida; pero no estaba en su naturaleza, y sólo podía ostentarlo á costa de un gran esfuerzo de su voluntad.

El Marqués continuó:

—Cuando te conocí, Hortensia, aún había flores para mí en el camino de la vida; aún podía haber sido bueno, estimable, honrado esposo y padre excelente; tus repulsas, tus negativas á ser mi esposa me hicieron perder toda esperanza de felicidad, y el hombre que pierde la esperanza de ser dichoso es capaz de todos los excesos. Mi rencor no se ensañó en tí, pues aún te amaba demasiado para eso; al que yo odiaba de muerte, al que

deseaba aniquilar, pero no con una muerte dulce y breve, sino á fuerza de dolor y pesadumbres; era á tu marido, al hombre que habías preferido á mí: por eso maté á su padre, seguro de que el dolor que aquella muerte podía causarte, mataría también á tu hijo. Murió, en efecto, y ahora vengo á buscar las vidas de los otros dos.

—¡No las podrás tomar!—gritó Hortensia poniéndose de un salto junto á la cuna de Irene, que miraba á su padre con espantados ojos.—¡No tocarás á mis hijos, sin que tu hija perezca antes á mis manos!

Un rugido del Marqués respondió á estas palabras; pero Hortensia apoyó su cuchillo en la garganta de Irene, que pálida, pero tranquila, ni se inmutó ni hizo el más leve movimiento.

Su padre, olvidando todo su resentimiento á la vista del peligro que corría aquella niña, se lanzó hacia la Condesa, y la repelió tan violentamente, que la desdichada fué á caer contra el sillón en que había estado sentada, chocando con el pecho en uno de sus macizos brazos.

Hortensia dejó escapar un grito agudo de dolor, y cayó al suelo como una masa inerte; escapóse el cuchillo de su mano, y una espuma sanguinolenta coloreó sus pálidos labios.

Pero vió á Río-Santo abalanzarse hacia las cunas de sus hijos, y el amor maternal pudo en su alma más que toda otra consideración, y dominó á todos los dolores de su cuerpo.

Volvió á ponerse en pie, y, apoyándose en los muebles, se dirigió á la puerta.

Era imposible abrirla, porque Río-Santo había cerrado y se había guardado la llave en el pecho.

—¡Socorro!—gritó la Condesa golpeando la dura madera con su delicado puño.—¡Socorro, Juan, Francisco; socorro, que matan á mis hijos!

El llanto de los tres niños se mezcló á aquellos gritos desesperados, y un instante después se oyeron tras de la puerta las voces de los criados, que prometían á su señora un pronto socorro.

—¡Allá vamos!—gritó la voz de Juan.—¡Señora, ahora caerá esa puerta hecha pedazos! ¡Ánimo, señora, ánimo!

La triste Hortensia se volvió hacia las cunas de sus hijos: los dos estaban ya en los brazos del verdugo de su familia.

Entonces volvió á recoger el cuchillo que el dolor de su terrible caída había arrancado de su mano; y trémula, jadeante, desmelenada, corrió de nuevo al lado de Irene.

—¡Devuélveme á mis hijos, ó perece tu hija delante de tus ojos!—gritó con voz sofocada.

—¡Quieres pagarme tu desgracia con un inmenso beneficio!—respondió el brasileño con una risa amarga que se adivinaba aun á través de su antifaz.—Si yo hubiera tenido valor para matar á esa criatura, no estaría ya en el mundo: mácala tú, y á ella y á mí nos harás un inestimable favor.

Hortensia dejó escapar un largo gemido: todo

lo esperaba del amor paternal, y vió que aquél no existía en el corazón de su enemigo.

—Mi hija—continuó Río-Santo—perdió su madre al nacer; su madre, con la cual me casé á los tres días de haberte casado tú con Miguel; después ha vivido de cuidados mercenarios, y dentro de poco no será quizá otra cosa que la hija de un hombre castigado por la ley, porque yo sacrificaré mi vida á mi venganza. ¿Oyes?—prosiguió aquel hombre implacable alzando más la voz, porque los golpes que recibía la puerta eran cada vez más fuertes.—¿Oyes cómo trabajan tus criados? ¿Oyes sus gritos de júbilo y de triunfo? Ellos van á entrar...; son dos..., lo sé, y hombres fornidos, atrevidos, leales, que se dejarán matar para defenderte; pues bien, á pesar de todo, no podrán salvar á tus hijos, ¡no! ¡Yo pasaré por en medio de ellos, como el Dios de la venganza, llevándome á tus hijos, y veinte que te concediera el cielo perecerían á mis manos!

El brasileño, dichas estas palabras, estrechó ferozmente contra el pecho los delicados cuerpos de los dos inocentes niños, que lloraban á gritos al ver la triste y angustiosa situación de su madre, hacia la cual tendían sus bracitos.

El corazón de Hortensia pareció deshacerse ante aquel espectáculo desgarrador; un raudal de llanto subió á sus ojos, y su furiosa cólera dejó paso á un dolor profundo, más propio del temple de su alma que los arrebatos de la venganza.